

Beato Timoteo Giaccardo

"Otro Cristo"

por P. George Kaitholil

Timoteo Giaccardo fue el primer sacerdote ordenado en la Sociedad de San Pablo, el primer Vicario general de la Congregación y el primer paulino beatificado. También fue el primer sacerdote de la Iglesia católica ordenado específicamente para el ministerio de los medios de comunicación social. Nació el 13 de junio de 1896, fiesta de san Antonio de Padua, primer hijo del matrimonio Esteban-María (nombre de sus padres), en Narzole, una aldea en el norte de Italia. Fue bautizado aquel mismo día recibiendo el nombre de José. Esteban, su padre, trabajó duramente los campos alquilados en régimen de aparcería. La familia Giaccardo era materialmente pobre pero rica de fe cristiana.

A la edad de doce años, José se encuentra con el beato Santiago Alberione, que había ido como ayudante del párroco enfermo de Narzole. Impresionado por la piedad del muchachito, el P. Alberione le ayuda a entrar –octubre de 1908– en el seminario de Alba, del que el propio Alberione era director espiritual. Al año siguiente, José emite el voto privado de castidad en honor de la Virgen. Posteriormente escribiría que nunca lo había violado, ni siquiera en los períodos más difíciles. El 29 de octubre de 1917, con el permiso de su obispo, pasa del seminario a la Sociedad de San Pablo, recientemente instituida por el P. Alberione en Alba para “el apostolado de la buena prensa”. En ella José enseñó a los primeros muchachos haciéndoles de guía. El 1 de noviembre, junto a otros cuatro jóvenes, emitió un voto privado de dedicación a la San Pablo, renovándolo el 8 de diciembre de 1917. Para el P. Alberione era el "hijo de la promesa", como lo fue Isaac para Abrahán, pues en cuanto fundador vio en José al primero de sus descendientes.

La mayor parte del clero de Alba consideraba imposible la ordenación sacerdotal para los "Paulinos". Cuando el clérigo Giaccardo, en el seminario pidió firmemente permiso para unirse a la empresa del P. Alberione, el obispo le preguntó con seriedad: “¿Estás dispuesto a renunciar a tu hábito clerical y al sacerdocio?”. Con gran dolor de corazón, pero sin vacilación, Giaccardo aceptó ambas condiciones. Ofreció ese dolor como sacrificio a Dios, en manos de María, para poder seguir su vocación en la Sociedad de San Pablo, comprendida claramente y sentida por él intensamente. Renunció a la comodidad y seguridad del seminario arriesgando su sacerdocio para entrar en el Instituto recién nacido e inseguro del P. Alberione. La llamada de Dios fue potente. Giaccardo sabía que cuanto se pone en las manos de María está seguro para siempre. Dios aceptó su sacrificio como el de Abrahán: bastaba la disposición del corazón; el sacrificio no iba a materializarse.

El P. Alberione, de fe recia, aguardaba silenciosamente y en oración la aprobación canónica de su Instituto como Congregación religiosa. Tenía confianza en la ordenación de este joven, llamado al ministerio de la predicación con los nuevos medios. Ante la sorpresa de todos, el P. Alberione pudo ver al clérigo Giaccardo ordenado sacerdote por el mismo obispo que le había pedido renunciar al sacerdocio. Dios favoreció a su siervo. Con una dispensa especial, Giaccardo fue ordenado sacerdote el

19 de octubre de 1919, antes de haber cumplido la edad prescrita, para permitir a la madre moribunda ver a su hijo hecho sacerdote. Las dos almas benditas, el P. Alberione y el P. Giaccardo, percibieron en este acontecimiento la gran respuesta de Dios a la fe de ambos en la vocación y misión de la Sociedad de San Pablo. Fueron así los padres fundadores de la gran Familia Paulina. Herederos del apostolado de san Pablo, se propusieron anunciar el Evangelio a lo largo y a lo ancho con los modernos medios de comunicación.

El 30 de junio de 1920 el P. Giaccardo llega a ser formalmente miembro de la Sociedad de San Pablo, con votos religiosos públicos, y el P. Alberione le da el nombre de Timoteo.

Muy inteligente y sensible, el P. Giaccardo fue el primero en guiar el grupo paulino masculino y el femenino, que en 1926 abrieron sus filiales en Roma. El P. Alberione les dijo: “Os mando a Roma por vuestro amor a san Pablo y por vuestra fidelidad al Papa. Estoy seguro de que el Divino Maestro se alegrará de tener en Roma, junto a su Vicario que personifica el Evangelio hablado, una «Voz» que represente el Evangelio impreso”. En efecto, “La Voz” fue el primer opúsculo impreso por los paulinos en Roma. La misión del P. Giaccardo fue la de cultivar la Familia Paulina en la tierra de Roma, fecundada por la sangre de los santos Pedro y Pablo. Aquí hizo la profesión perpetua el 16 de marzo de 1927, permaneciendo en la Urbe hasta abril de 1946, cuando fue enviado a Alba como superior de la Casa Madre.

El P. Giaccardo, primer hijo espiritual del P. Alberione, transmitió y profundizó su patrimonio. Sin calcular nunca la fatiga, y sin tomarse jamás una sola jornada de vacaciones, llevó en sus hombros el peso de la Familia Paulina, compartiendo con el Fundador la solicitud por cada una de las Congregaciones paulinas en sus difíciles comienzos y desarrollo. Escribió en su Diario: “Acepto este ministerio con espíritu de humildad, con corazón dócil, afectuoso y sincero”. Y el P. Alberione confirmaría: “No tengo a nadie que como él comparta tan bien mis sentimientos y mi espíritu, cuidándoos con el más sincero afecto”.

En plena floración de su vida, el P. Giaccardo ofreció su vida para asegurar la continuidad de la propia Congregación en tiempos difíciles y para el reconocimiento canónico de una nueva: la de las Pías Discípulas del Divino Maestro. El Señor aceptó su oferta. El 4 de octubre de 1946, el P. Alberione le llamó a Roma y le nombró primer Vicario general de la Sociedad de San Pablo. El 12 de enero de 1948, el papa Pío XII concedió la aprobación pontificia a las Pías Discípulas. Aquel día el P. Giaccardo celebró su última Misa. Sufría de leucemia aguda. Absorto en oración, expiró el 24 de enero.

Toda la vida del bienaventurado Giaccardo fue de humilde servicio, sufrimiento y sacrificio. Era conocida su absoluta obediencia, espíritu de pobreza, profunda humildad y caridad desinteresada. Acogía a todos y se mostraba siempre gozoso en el servicio. Hablando de él, dijo el beato Alberione: “Representaba bien al Señor en el altar, en el confesonario, en el púlpito, en la conversación, en clase, en la recreación... en todos los oficios que desempeñaba, y en su vida privada era otro Cristo... Su vida era un diario y continuo ejercicio de autodisciplina... Sabía hablar con Dios... Era un maestro de apostolado... era luz y sal en el sentido evangélico... Me fíó más de él que de mí mismo”.

La vida del beato Timoteo Giaccardo es una historia de amor apasionado y constante. Fue ecónomo, redactor, autor, maestro, superior, predicador, pero sobre todo un ejemplo viviente de

santidad y un guía espiritual altamente apreciado. Tenía una devoción muy profunda y filial a la Virgen María. Sus abundantes apuntes en el Diario, escritos para uso privado, nos relatan la maravillosa historia de su vida interior. Desplegaba frecuentes coloquios, íntimos y apasionados con Jesús, y estaba acostumbrado a la oración mística. Su vida presenta un verdadero y auténtico anuncio y una fascinante demostración del primado de Dios en nuestra vida. Muy comprometido y activo, fue siempre un hombre de oración y de contemplación, profundamente devoto de Jesús Maestro en la santa Eucaristía.

Timoteo Giaccardo fue solemnemente beatificado por el papa Juan Pablo II el 22 de octubre de 1989. Quedó así demostrada la validez del apostolado medial como camino de santificación.

El beato Timoteo Giaccardo se nos ofrece como un brillante ejemplo de hombre que ha usado los medios de comunicación para el bien de los hombres, para su bienestar espiritual y moral, para acercarlos a Dios. Amalgamó muy bien en sí mismo una vida apostólica activa con una profunda y afectiva contemplación. Su ejemplo nos inspira a profundizar nuestra vida interior y, al mismo tiempo, a emplear nuestras energías de modo desinteresado para desempeñar las tareas que nos han sido confiadas.